

CAPÍTULO 2

Precisamente, esa misma noche, el viejo médico había permanecido como otras muchas, insomne, dándole vueltas a la enfermedad de Juanito, que en esos días era el paciente más pequeño y el más grave del pueblo. Esta incapacidad para conciliar el sueño le sucedía a menudo cuando atendía enfermos difíciles, complicados, graves o simplemente cercanos afectivamente o por otras razones que él desconocía. La historia de estos casos se metía en su cabeza, golpeando continuamente sus sienes como un martillo, buscando alguna solución a la enfermedad. Esos días quien golpeaba no solo era el nieto, también nosotros dos. Descansaba en duermevela. A ratos pensaba, otras soñaba soluciones y otras dormía en un sueño profundo pero corto porque le despertaba el martilleo de ese niño inocente que de morir podría llevarse por delante a sus abuelos. ¿No sería que estaba desfasado de la ciencia?, pensó, dudando de sus conocimientos para resolver el caso. La palabra y los remedios caseros sin duda curan, pero quizás existan nuevos tratamientos en la capital, en los hospitales o donde sea. Él llevaba varias décadas ejerciendo en este pequeño pueblo, sin posibilidad de reciclarse ni de consultar literatura científica, porque demasiados años no había tenido acceso a ella.

Esa misma noche había encontrado una luz de esperanza. Se acordó que el futuro yerno de un amigo era un médico joven que estaba haciendo sus prácticas de especialización. Era médico residente en un hospital de Madrid. Él había perdido todo contacto con esta ciudad en donde había estudiado y trabajado muchos años antes. Le preguntaría. Quizás había ahora nuevos tratamientos que él desconocía.



—Don Anselmo, venga rápido, mi nieto se muere —le despertó una voz que conocía muy bien, la voz angustiada de Julián.

Al despertar del profundo y corto sueño, no sabía si continuaba soñando o era verdad que le llamaban. Un segundo después oyó la misma llamada de auxilio, saltó de la cama y salió andando todo lo deprisa que podía detrás de mí, más joven y nervioso que él, que daba zancadas largas y rápidas.

Se encontró con un bebé aún caliente, con los labios y la cara hinchada y morada, cianótico pero con respiraciones superficiales que a ratos se interrumpían para descansar. Parecía agotado, sus músculos respiratorios necesitaban parar, como cuando un bañista bucea. Los labios morados y la falta de respiración hacían pensar que estaba muerto, pero no lo estaba. Escuchó con el fonendoscopio los latidos cardíacos, lentos pero lejanos y rítmicos, por lo que abrazó con ambas manos el tórax del niño al que sometió a compresiones repetidas y rápidas, de forma que la pared del pecho se hundía y levantaba una y muchas otras veces, en un masaje cardíaco que a través de sus manos le decía: corazón no te duermas, continúa latiendo, no puedes parar; si tú descansas la vida desaparece, no te dejaré dormir. Sus dedos gordos le golpearían cien veces cada minuto si fuera necesario. El niño permanecía tumbado en su cunita, un poco levantado por las manos del médico, que le sometía a un golpeteo rítmico en el centro del pecho. Un masaje silencioso, interrumpido por el llanto de los abuelos que desconocían que el doctor no se daba por vencido y seguía aplicando las medidas de reanimación cardíaca y pulmonar a pesar de que el bebé estaba sin tono ni fuerza, como un muñeco de trapo del que colgaba la cabeza y las extremidades. De pronto, el bebé hizo una respiración profunda y ruidosa, el médico lo depositó en su cuna y comprobó que el corazón nuevamente latía ahora muy deprisa, casi con normalidad y el aire también entraba en los pulmones; aunque el color de los labios permanecía aún algo oscuro, pareció que su cuerpo cogía color, abrió los ojos y la boca, movió los brazos, el niño continuaba con vida.

Una tos de ultratumba volvió a sonar en el silencio de la casa. María se quedó helada, agudizando el oído, pensando que la tos estaba solo en su imaginación, que no podía ser real. Pero volvió a oírla.

—Escucha Julián, ¿has oído esa tos o es que me estoy volviendo loca? —dijo, zarandeándome para que me concentrara en los ruidos. Una tos débil volvió a resonar recorriendo el silencio de la noche. Salimos corriendo hacia la habitación donde estaba nuestro nieto.

—El niño no ha muerto, vuestro nieto vive —grito don Anselmo—. Está muy grave pero continúa luchando. Algunos niños se agarran a la vida. Juanito no quiere marcharse, quiere estar aquí, con sus abuelos, con su madre —nos decía el médico quizás porque era verdad, quizás para darnos un poco de ánimo y esperanza.

Las siguientes horas fueron de alarma permanente. La respiración superficial, apenas imperceptible, que cada rato reaparecía obligaba a clavar los ojos en el pecho del niño para estimularle cuando parecía que estaba en apnea; entonces, le movíamos hiperextendiendo la cabeza como nos había enseñado el médico, para que el aire pudiera entrar mejor por la garganta. Nuestros cuatro ojos permanecían fijos en el bamboleo respiratorio. Fueron horas de tensión permanente, soportadas por el apoyo del galeno, que se marchaba y volvía cuando la atención de los otros pacientes se lo permitía. Hicimos turnos de guardia, como en la mili; cada tres horas nos turnábamos para fijar los ojos en el pequeño mientras que el otro los cerraba para descansar en la sala de estar.

A la mañana siguiente, don Anselmo se levantó temprano para averiguar el teléfono de Miguel, el futuro yerno de su amigo Ángel. Él, que sabía cómo estudiar en sus libros, amarillos y desgastados por los muchos años de consultas y lecturas, desconocía que los médicos jóvenes pueden actualizar sus conocimientos, profundizar en los nuevos avances de la medicina, los nuevos fármacos, tratamientos, causas y consecuencias de cualquier enfermedad a través de bancos internacionales de datos, como bibliotecas sin libros formados por revistas científicas semanales o mensuales que recogen las experiencias y hallazgos de las investigaciones y estudios realizados en cualquier parte del mundo. Estos hallazgos se publican para que puedan ser estudiadas rápidamente y son accesibles en una biblioteca médica bien nutrida. Por eso Miguel, que era residente de medicina de familia, necesitó solo un día para conocer los más modernos tratamientos de la tos ferina, no solo en Madrid o Barcelona, también en otras ciudades desarrolladas en el mundo sanitario. Esta información fue decisiva. Supuso para el viejo médico un rayo de luz que iluminó las tinieblas del desconocimiento y pesadumbre ante una realidad que no sabía revertir; un flujo de aire fresco entraba en su cerebro y podría también penetrar en los pulmones del niño que se asfixiaba.

Don Anselmo, asesorado por su joven colega, y convencido por los nuevos conocimientos científicos transmitidos por Miguel, ordenó el

traslado de Juan al Hospital Infantil del Niño Jesús de Madrid, un viejo hospital situado en el centro de la ciudad, frente al parque del Buen Retiro. El centro sanitario estaba ubicado en el interior de un bello edificio de ladrillo visto, estilo neomudéjar, de apariencia antigua por fuera pero moderno por dentro, dedicado desde su inicio, hacía más de cien años, al tratamiento exclusivo de los niños enfermos y a la enseñanza de la medicina infantil. Precisamente en esos momentos estaba Miguel rotando por dicho centro, aprendiendo las enfermedades propias de los niños. Aunque el joven médico apenas tenía experiencia con esta enfermedad (había atendido a un solo niño con tos ferina en toda su vida profesional), en su actual rotación por el hospital infantil pudo, en menos de veinticuatro horas, hacerse un experto, al menos en teoría, que no en la práctica. Además, había preguntado a los pediatras más experimentados, aquellos con más edad y prestigio, qué podía hacer con este pequeño lactante enfermo de tos ferina del pueblo de su novia. En la medicina moderna existe la costumbre y la necesidad de intercambiar experiencias médicas; los galenos envían a las revistas científicas los avances, los resultados de sus investigaciones o sus opiniones médicas, que son puestas en sus páginas en un lenguaje técnico y riguroso, siempre que estas sean demostrables, tengan solvencia y un grado importante de certeza. Este es el vehículo de transmisión del conocimiento, el que permite que los avances puedan aplicarse; los que no llegan a conocerse, y en consecuencia a emplearse, quedan en el olvido.

Gracias a esta nueva información, Juanito fue transportado en una ambulancia medicalizada a Madrid. Don Anselmo autorizó el peligroso traslado como la última posibilidad de curación. Aunque arriesgado, era mucho peor quedarse en el pueblo, donde no existía ninguna posibilidad de supervivencia. Dentro del pequeño espacio de la ambulancia, rodeando al niño, viajaban una enfermera del hospital, Miguel y yo, como copiloto. El conductor manejaba con prudencia, evitando aceleraciones, frenazos o volantazos, en un intento de que el enfermo permaneciera lo más estable posible. A veces hacía sonar la sirena para advertir de su presencia a los demás conductores, siempre con las luces de intermitencia de la ambulancia encendidas. Ese día, la carretera nacional de Andalucía por la que circulaban estaba muy transitada. Era domingo y parecía que demasiada gente deseaba entrar en Madrid en ese preciso momento. Al llegar a Ocaña, nos encontramos con un atasco. Se divisaba una caravana de coches hasta donde la vista podía alcanzar. Después de unos minutos, el niño tuvo una crisis de tos y pregunté al conductor qué podíamos hacer para llegar pronto a Madrid.